

---

# **El Jándalo**

José María de Pereda

---

**textos.info**

Libros gratis - biblioteca digital abierta

**Texto núm. 5526**

---

**Título:** El Jándalo

**Autor:** José María de Pereda

**Etiquetas:** Poesía

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 31 de octubre de 2020

**Fecha de modificación:** 31 de octubre de 2020

---

Edita **textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

I

Después que lanza el invierno  
el penúltimo suspiro,  
y cuando montes y peñas  
de este rincón bendecido  
sobre campo de esmeralda  
pardos levantan los picos,  
y más clara el agua corre,  
y en sus cauces van los ríos,  
llega el espléndido mayo  
sobre las auras mecido,  
despejando el horizonte  
y aliviando reumatismos;  
tras de mayo viene junio,  
como siempre ha sucedido,  
y San Juan, según el orden  
que va siguiendo hace siglos,  
antes que junio se acabe  
da al pueblo su día magnífico.  
Todo lo cual significa,  
para evitar laberintos,  
que en San Juan vienen los jándalos  
y que entonces vino el mío.

Ya tocaba en el ocaso  
del sol el fúlgido disco,  
y sobre el campo cayendo  
leves gotas de rocío,  
daban vida á los maizales  
y al retoño ya marchito,  
cuando en la loma de un cerro  
á cierto lugar vecino,  
cuyo nombre no hace al caso,  
y por eso no le cito,

un jinete apareció  
sobre indefinible bicho,  
pues desde el lomo á los pechos  
y desde el rabo al hocico,  
llevaba más alamares  
que sustos pasa un marido.  
Todo un *curro* era el jinete,  
á juzgar por su trapío:  
faja negra, calañés  
y sobre la faja un cinto  
con municiones de caza,  
pantalón ajustadísimo,  
marsellés con más colores  
que la túnica de un chino,  
y una escopeta, al arzón  
unida por verde cinto.

Al ver entre matorrales  
destacarse y entre espinos  
el escueto campanario,  
de su hogar místico abrigo,  
detuvo la lenta marcha  
del engalanado bicho,  
descubrióse la cabeza,  
exhaló tierno suspiro,  
meditó algunos instantes ...  
y continuó su camino.

Á un cuarto de hora del pueblo  
detuvo otra vez el *ímpetu*  
de su jaco, se apeó  
y llamó en un ventorrillo:  
—¡Ah de casa!... ¡*montañés!*  
—¡Allá va!—¡Po janda, endino!  
—¡Buenas tardes.—Que mu güenas....  
Pero, calle...; ¡tío Perico!  
—¡La Virgen me favorezca!,  
¡si es *Celipuco* el de *Chisco!*  
—El mismo que viste y calza.  
—Seas mil veces bien venido.

¿Y cómo va de salud?

—Mejor que quiero...; ¡pues digo!

salú ... pesetas ... viniendo,

camará, del paraíso,

como yo vengo ... á patás

topamos allí toiticos

esos probes menesteres....

Conque toque usté esos cinco ...

y destranque la canilla,

que yo pago ¡de lo fino!...

Vaya un vaso.—Á tu salud.

—Á la de usté, tío Perico.

Y mi padre ¿cómo está?

—Los años,...—¡Ya!... ¡Probesiyo!

¡Si esa borona maldita

es el manjar más endino

cá nació de la tierra!...;

pero ende hoy, tío Perico,

ha de tragar buen pan blanco,

buenas hebras y buen vino;

que si el probe no lo tiene,

para él lo ganó su hijo.

—Bien harás, que es muy honrado

y anciano.—¡Cuando yo digo

que ha de gastar pitifoques

y calesín!...—No es preciso,

para que honres á tu padre,

tanto lustre; que ha vivido

entre terrones, y tiene

sobrado, junto á sus hijos,

para ser feliz de veras,

con pan, descanso y cariño.

—Pos cariño y pan tendrá,

y descanso.... Ya estoy frito

por verle y darle un abrazo....

Ahí tiene usté por el vino,

que va cerrando la noche

y es oscura.... No lo digo,

es la verdá, por el miedo,

porque me espante el peligro,

que allá, bien lo sabe Dios,  
más negras las he corrió;  
sino que..., ¡firmes, Lucero!  
¿Pero no ve usté qué bicho?  
Es una fiera, ¡cabales!;  
cuanto más anda, más bríos.  
Misté el jierro en esta nalga:  
es cartujano legítimo....  
Y oigasté, por lo que sea:  
dejo atrás, en el camino,  
una recua de jumentos  
cargaos con mis equipos.  
Cuando lleguen, que refresquen  
los mozos con un traguillo  
y encamine usté la recua  
á mi casa.... Me repito.

Clavóle los acicates  
en los ijares al bicho,  
arreglóse el calañés,  
escupió por el colmillo,  
y, entonando una *rondeña*,  
partió á galope tendido.  
—«Mucha bulla, pocas nueces;  
mucho paja, poco trigo»;  
—murmuró desde la puerta  
del ventorro el tío Perico.—  
Aunque si lo de la recua  
no falta.... El mancebo es listo....  
¿Quién sabe?... Cierro y aguardo.  
.....  
Pero la recua no vino.

## II

Echando al aire cohetes  
y descerrajando tiros,  
y entonando macarenas  
coplas, á pelado grito,  
entró el jándalo en su pueblo  
entre perros y chiquillos,  
que de una en otra barriada,  
con voces y con ladridos,  
publicaron la venida  
de aquel hombre «tan riquísimo»,  
en un instante, saliendo  
á la calle los vecinos  
á verle pasar; que el pueblo,  
como es notorio, *ab initio*  
es novelero y curioso  
aquí y en Francia ... y en Pinto.  
—Buen verano, caballeros....  
¡Adiós, mi alma!...—Bien venido.  
—Compadre, jasta la vista....  
—Dios te guarde.—Agur, vecino.  
—¡Bien llegado!—Agraesiendo,  
camará..., siempre su amigo;  
pero me aguarda mi padre....  
¡Hacerse á un laito, niños!

Y revolviendo su potro,  
como pudo, á cada grito,  
y la mano dando al uno  
y al otro las gracias fino,  
y á las mozas requebrando  
y atropellando chiquillos,  
atravesó la barriada  
y llegó al hogar carísimo,

donde hubo besos y abrazos  
y todo lo consabido.

Después se sacudió el polvo  
con su pañuelo finísimo,  
guardó el caballo entre mantas  
(«porque era una fiera el bicho,  
y tragándose el espacio  
al andar, sudaba el quilo»),  
anunció, como de paso,  
para muy luego el arribo  
de la consabida recua;  
y entre familia y amigos  
que á saludarle acudieron,  
circuló el jarro de vino,  
se cenó de lo mejor;  
y hasta que ya era por filo  
pasada la media noche,  
en loor al recién venido,  
duró la marimorena  
que, aunque inútil es decirlo,  
costó al jándalo los cuartos  
y á más de tres ... el sentido.

Amaneció el nuevo día,  
y ya su ánimo tranquilo,  
abrió el jaque la maleta  
para mudarse el vestido;  
llamó ufano á la familia,  
y ofreció á cada individuo  
un regalo: un calañés  
á su padre; á un hermanito,  
una camisa de holanda  
(y era de algodón mezquino),  
y á su hermana un *rico* chal  
de la India (según dijo,  
pues era un retal menguado,  
de vara de pico á pico).  
Todo aquello, por supuesto,  
eran obsequios levísimos,



pues las galas que traía  
hasta para los amigos,  
las conducía «la recua  
que quedaba en el camino».

Pasó el día de San Juan  
gastando largo y tendido  
y luciendo, aunque el calor  
hacía trinar los grillos,  
capa de largos fiadores  
sobre zamarra de rizos.

Al siguiente, el pobre viejo  
que iba á descansar tranquilo  
con el amparo del jándalo,  
de sus retoños seguido  
volvió al campo, como siempre,  
á doblar su cuerpo rígido  
sobre los terrones, que  
le daban sustento mísero.

En tanto vagaba el jándalo,  
sobre su andaluz *bravío*,  
por callejas y senderos,  
*reconociendo* los sitios  
que poco antes frecuentara  
con el dalle y el rastrillo....  
Porque lo había olvidado  
todo, todo..., hasta el oficio,  
y el lenguaje de su pueblo  
y el nombre de sus vecinos.



Entre fiestas pasó un mes,  
descuidado peregrino,  
corriendo de feria en feria  
y embaucando á sus amigos  
con cuentos de Andalucía  
y primores que había visto.

Pero, ¡ay!, al llegar agosto,  
tentó con ansia el bolsillo  
que ya protestaba lacio,  
y, aunque con dolor vivísimo,  
vendió su caballo enteco  
(que nunca fué más lucido)  
en diez duros, no cabales,  
al primero que le quiso,  
para reparar algunos  
siniestros apremiantísimos,  
pues no llegando «la recua  
que quedaba en el camino»,  
su traje se clareaba  
á puro darle cepillo,  
y sus botas se torcían  
y no bastaba el tocino  
para remediar las grietas  
ni para prestarles brillo.  
Trocó el presuntuoso puro  
de á cuarto por el mezquino  
pitillo; dejó el pan blanco  
y el riojano negro líquido,  
como regalo superfluo,  
sólo para los domingos;  
y aunque chancero y zumbón  
y fingiéndose aburrido,

iba al campo algunas veces  
«á enredar con el rastrillo».  
Mas era que el pobre viejo,  
formalizado, le dijo  
un día:—«Si todas tus rentas  
son las que á casa has traído,  
ó trabajas ó no comes,  
que yo del trabajo vivo.»

Tras esto llegó septiembre,  
y el buen jándalo, afligido,  
gastó la última peseta  
que tenía en el bolsillo;  
y no asomando «la recua  
que quedaba en el camino»,  
remendó los pantalones,  
comió berzas y *respingos*,  
emprendió con la *tortuca*  
con mucha pujanza y brío,  
dió en levantarse á la aurora,  
y trabajando solícito,  
se dormía por la noche  
cansado, si no tranquilo.

Ya no habló más en caló  
en medio de sus vecinos,  
porque se burlaban todos  
sin piedad de aquello mismo  
que, oyéndolo de su boca,  
aplaudían cuando vino.

Eran todos sus debates  
sobre carros y novillos;  
volvió á pensar en la *herba*,  
y á *echar cambas* ... y cuartillos;  
llamó á la alubia *barbanzo*;  
dijo por vuelto *golvió*;  
por lo ignorado *el aquel*;  
en vez de boca, *bocico*;  
por agujero, *juriaco*,

y en lugar de trajo, *trijo*.  
Dejó, en fin, su mixta jerga  
de andaluz muy corrompido,  
y volvió á adoptar de plano  
su propio lenguaje antiguo:  
*rézpede, ojeuto, chumpar,*  
*rejonfuño, sostuvido,*  
*escorduña, megodía,*  
*sastifecho, tresponío...*,  
lo más selecto y más clásico,  
lo más puro y más legítimo  
del diccionario especial  
de tamaños barbarismos.

Entonces ya confesó,  
sin ambajes ni remilgos  
que estuvo en Puerto Real  
tres años vendiendo vino  
y llevando garrotazos  
de padre y muy señor mío;  
que sacó seiscientos reales  
por todo producto líquido,  
después de comprar el jaco,  
ropa, escopeta y avíos,  
y que entró con una onza  
en su casa, el pobrecillo,  
y la gastó en francachelas  
por echársela de rico....

Y dos otoños, en fin,  
después de lo referido,  
con unos calzones pardos,  
un chaquetón de lo mismo,  
una camisa de estopa  
y zapatos con clavillos,  
salió otra vez de su pueblo  
montado sobre un borrico,  
para volver á la tierra  
de la viña y del olivo,  
á ganar otros seiscientos  
con los azares sabidos.

## José María de Pereda



José María de Pereda y Sánchez Porrúa (Polanco, 6 de febrero de 1833-Santander, 1 de marzo de 1906) fue un novelista español del periodo realista, autor de célebres novelas de costumbres. También fue político, afiliado al carlismo.

Sus obras más conocidas son Peñas arriba, De tal palo tal astilla, La puchera y, especialmente, Sotileza, que le dieron gran reconocimiento, lo cual dio lugar a que ya en 1872 fuese correspondiente de la Real

Academia Española.

Fue realista y costumbrista, próximo al Romanticismo y naturalismo. Fue descrito, así como todo lo relacionado con él, como perediano. Muchas de sus obras son de carácter autobiográfico.

Su corriente literaria más habitual era el realismo, al igual que su contexto histórico.

Rechazó las novedades del mundo moderno y ha pasado a la historia por ser uno de los maestros del costumbrismo y de la novela regional, pero supo trascender lo anecdótico para dotar a su obra de un cuidado y un vigor que traspasa el mero regionalismo y lo hizo con una forma moderna de gran valor literario.